

BIBLIO-- GRAFIA

“CARNE DE CAÑON”

Marcelino Dávalos es un cerebral; es un poeta orfebre; es un gran dramaturgo; un gran cuentista; un ilustre político, pero es ante todo un cerebral. Rubén Darío le hubiera dedicado una de sus semblanzas maravillosamente llenas de erudición y geniales asertos. Lo hubiera comparado con Zolá, el Pontífice de Médan, o acaso, se acordaría también de aquel Máximo Gorki de alma atormentada, que vivió y por eso sintió mejor que nadie el horror de la esclavitud rusa, de la Siberia auténtica, no la de México; y un hombre prestigioso, contra los que persiguen el arte por el arte, la ciencia por la ciencia, esudaría las obras de Marcelino Dávalos, tal vez el de Tolstoi, aquel gran conductor de multitudes que estimaba que el arte, como función humana debe tender a la moralidad y a la supresión de la violencia, y declaraba “reputaciones artificiales, forjadas por los críticos.” las de los más ilustres escritores sólo porque en sus obras no tenían como fin a la moralidad. Decimos todo esto, porque se nos

antoja que Marcelino Dávalos, como todo escritor cerebral, es educador y tendencioso, principalmente en “Carne de Cañón,” de la cual hablaremos someramente en estas líneas.

Mas no se crea por esto, que Marcelino Dávalos adolezca de las preocupaciones históricas y científicas del experimento y del documento humano en el verismo de Zola o el moralismo del arte, problema de Ibsen y de la escuela escandinava. La moral en su obra, surge como en la vida. “de este contraste eternamente real y de esta realidad enteramente triste” que dijo el Duque Job. Su pesimismo, con ser muy grande, no es nunca sistemático y si como Zola siente el “dolor metafísico” y ha llorado con esas penas hondas, universales “de las que no consuela una filosofía... tal vez incompleta,” aun ve en el cielo otoñal de su alma juvenil, un alma de poeta es siempre joven— la noche constelada de astros. Y así, después de presentarnos con la crudeza y fuerza que le es característica —tal pintaba Velázquez, tal escribía Zola— la trágica visión de uno de esos presidios espantosos, terribles como lo puede ser un agua fuerte del más alucinante de todos los pintores, del maestro de Goya; uno de esos presidios en que la tierra, el clima con ser atrocemente mortífero, no es tan